

seguimos juzgando el sueño de acuerdo con los cánones de la realidad no dormida. En otras palabras, no hemos logrado distinguir el trabajo de la ley, Los de Urizen, y volvemos al punto de partida. La verdadera fuerza motriz de la civilización y la profecía no son las prudentes y sofisticadas adaptaciones de los deseos del niño o el soñador llevadas a cabo por la mente madura: esta fuerza proviene, más bien, de la forma original e inocente de tales deseos, con todo su desprecio temerario hacia las lecciones de la experiencia.

La raíz creativa de la civilización y la profecía únicamente puede ser el arte, que se ocupa no sólo de lo posible sino de «imposibilidades probables», y es interesante ver a Blake citando la frase de Aristóteles en una de sus notas al margen. Del mismo modo que la idea gobernante de la civilización es la humanización de la naturaleza, y la idea gobernante de la profecía es la emancipación del hombre, así la idea gobernante del arte, que es la fuente de la civilización y la profecía, debe ser la visión simultánea de ambas. Llegamos así al apocalipsis, a la completa transformación de la naturaleza y la naturaleza humana en una forma única. «Menos que Todo no puede satisfacer al Hombre»; el niño que hay en nosotros y que llora pidiendo la luna no dejará de llorar hasta que la luna sea su juguete, hasta que nos hayamos liberado de la tiranía del tiempo, del espacio y de la muerte, de la remota lejanía de una naturaleza gigantesca y de nuestro propio egoísmo y debilidad. El hombre no podrá ser libre hasta que esté en todos los lugares: en el centro del universo, como el niño, y en la circunferencia del universo, como el soñador. Este apocalipsis es totalmente imposible en las condiciones de experiencia que conocemos, y sólo puede tener lugar en el contexto eterno e infinito otorgado por la religión. De hecho, la visión artística de Blake podría llegar a definirse como un intento por encarnar la visión religiosa en la sociedad humana. Esta religión debe distinguirse abiertamente de todas las formas de religión que han sido secuestradas por el ciclo de la ley y la guerra, capaces tan sólo de reforzar el contrato social o de inspirar cruzadas.

Cuando decimos que el propósito del trabajo humano sólo se puede alcanzar en la eternidad, mucha gente puede inferir que esto supone renunciar a toda mejora práctica de la condición humana en beneficio de algo que por hipótesis permanece para siempre lejos del alcance del hombre. Hacemos esta suposición porque confundimos lo eterno con lo indefinido: estamos tan poseídos por las categorías de tiempo y espacio que no podemos concebir la eternidad y el infinito más que como tiempo y espacio interminables, respectivamente. Pero el hogar del tiempo, por así decirlo, la única parte del tiempo en que el hombre puede vivir, es el ahora; y el hogar del espacio es el aquí. En el mundo de la experiencia no existe ese ahora; el presente nunca termina de existir, sino que está escondido en

algún lugar, entre un pasado que ya no existe y un futuro que aún no existe. El hombre maduro no sabe dónde está el «aquí»: puede trazar un círculo alrededor de sí mismo y decir que «aquí» está en su interior, pero no puede situar nada excepto un «allí». Tanto en el espacio como en el tiempo el hombre es excluido constantemente de su propio hogar. El soñador, cuyo espacio se halla dentro de su propia mente, tiene una noción más clara de dónde está el «aquí», y el niño, que no acaba de tomar plena conciencia de la cadena de hierro de la memoria que ata su ego al tiempo y al espacio, posee aún cierta capacidad para vivir en el presente. A esta perspectiva es a la que vuelve el hombre cuando su concepción de la «realidad» comienza a adquirir algo de significado humano.

El Cielo es una Tienda inmortal construida por los Hijos de Los:
 Y todo el Espacio que un Hombre avista alrededor de su morada
 Al erguirse en su propio techo o en su jardín o en una colina
 De veinticinco codos de altura, ese espacio es su Universo:
 Y en su margen el Sol sale y se pone, las Nubes se inclinan
 Para encontrarse con la plana Tierra y el Mar en un Espacio tan ordenado:
 Los cielos Estrellados no alcanzan más allá, y aquí se doblan y dispersan
 Por todos lados, y los dos Polos giran sobre sus válvulas doradas...¹

Si se toma la visión de la inocencia fuera de su contexto eterno e infinito, el aquí y ahora real, para insertarla dentro del tiempo, puede convertirse en el mito de una Edad Dorada o Paraíso perdido en el pasado, o en una esperanza que ha de ser alcanzada en el futuro, o en ambas cosas a la vez. Si es insertada en el tiempo, debe hallarse en algún lugar, presumiblemente en el cielo. Sólo estas perversiones temporales y espaciales de la visión inocente son las que la arrancan del control del hombre. Dado que la visión inocente se halla en un lugar tan profundo de la consciencia humana y está sujeta a tantas distorsiones, represiones y censuras, tendemos, cuando la proyectamos sobre el mundo exterior, a situarla por naturaleza lo más lejos posible en el tiempo y el espacio. Pero lo que debe revelar el artista, como guía del trabajo de la civilización y la profecía, es la forma del mundo tal como sería si pudiéramos vivir en él, aquí y ahora.

La inocencia y la experiencia son los dos estados medios de un conjunto de cuatro posibles. Al estado de la experiencia Blake lo llama Generación, y al estado de la inocencia, al mundo potencialmente creativo de los sueños y la niñez, Beulah. Más allá de Beulah está Edén, el mundo del apocalipsis donde inocencia y experiencia se han convertido en una misma cosa,

¹ Ver *Milton* 29, 1.4-11.

y por debajo de Generación está Ulro, el mundo tal como es cuando no se realiza ningún trabajo, el mundo donde los sueños son impotentes y la vida consciente se halla sujeta al azar. Edén y Ulro son, respectivamente, el cielo y el infierno de Blake. Edén es el mundo del creador y la criatura, Beulah el mundo del amante y el amado, Generación el mundo del sujeto y el objeto, y Ulro el mundo del ego y el enemigo, o el obstáculo. Se trata, por supuesto, de un solo mundo, mirado de cuatro maneras distintas. Estas cuatro maneras representan los cuatro humores o estados en los que se crea arte: el humor apocalíptico de Edén, el humor idílico de Beulah, el humor elegíaco de Generación, y el humor satírico de Ulro. Estos cuatro humores son las tonalidades de la expresión de Blake; cada uno de sus poemas gravita en torno a uno de estos humores.

Para Blake, la función del arte es revelar la forma humana e inteligible del mundo, al tiempo que ve los otros tres estados en relación con esa forma. Ésta es la clave de la concepción imagística de Blake, cuyo diseño he tratado de simplificar con ayuda del siguiente cuadro:

EXPERIENCIA		CATEGORÍA	INOCENCIA	
<i>Forma individual</i>	<i>Forma colectiva</i>		<i>Forma individual</i>	<i>Forma colectiva</i>
dios del cielo (PadreNadie)	aristocracia de dioses	(1) Divina	poderes humanos	Jesús (Dios encarnado)
a) líder y alto sacerdote (Caifás)	tiranos y víctimas	(2) Humana	comunidad	a) un hombre (Albión)
b) prostituta (Rahab)				b) novia (Jerusalén)
dragón (querubín cubridor)	bestias de presa (tigre y leviatán)	(3) Animal	rebaño de ovejas	un cordero (Bowlahoola)
árbol del misterio	bosque, yermo (Entuthon Beny-thon)	(4) Vegetal	jardín o parque	árbol de la vida (Allamanda)
a) horno opaco u horno de ladrillos	a) ciudad de la destrucción (Sodoma, Babilonia, Egipto)	(5) Mineral	ciudad, templo (Golgonooza)	pedra viviente
b) «Piedra de la Noche»	b) ruinas, cavernas			
(no dado)	lago de sal o mar muerto (Udan Adan)	(6) Caótica	río cuádruple de la vida	«Glóbulo de Sangre»